



EL SR. BANCROFT.

I

FLTIMAMENTE ha llegado á México el diligente historiador americano Sr. Huberto Howe Bancroft. Viene en busca de nuevos documentos con que enriquecer é ilustrar la obra que, con el título de *Historia de los Estados del Pacífico*, escribe y publica en San Francisco California.

Sabemos que su primera visita ha sido para nuestro eminente escritor y bibliófilo Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, gloria y ornamento de las letras hispano-mexicanas. Es un tributo tan merecido como honroso para quien ha sabido ilustrar, cual ninguno, la historia de nuestra patria, ora con sus eruditas disertaciones, tan bellas por la forma como interesantes por la riqueza y novedad de sus noticias, ora con la publicacion y anotacion de preciosos manuscritos, salvados muchos de ellos por este medio de una segura é irreparable pérdida.

El Sr. Bancroft pertenece á ese número de hombres estudiosos que no perdonan gasto ni sacrificio alguno para ir en busca de la verdad; que son tenaces é incansables en sus investigaciones; que no gustan de formarse juicio de las cosas sino cuando han agotado las fuentes donde pueden hallar un rayo de luz, y que, por último, proceden en todo con la mayor escrupulosidad.

Deseosos de dar á conocer á nuestros lectores á un historiador de las cosas de América, vamos á presentarles una noticia de la vida y empresas literarias del Sr. Bancroft, extractándola del folleto publicado este año por los Sres. Trübner y Compañía de Londres.

II

Nació el Sr. H. H. Bancroft en Granville, Estado de Ohio en la Union Americana, el 5 de Mayo de 1832. Sus antepasados vinieron de Inglaterra en 1632, y tomaron parte en las guerras contra los salvajes, y más tarde en la lucha por la independendencia de su patria.

Tenía el jóven Bancroft diez y seis años cuando entró como dependiente á la librería de un pariente suyo, en Buffalo, Estado de Nueva-York. Su asiduidad é inteligencia en el trabajo eran tales, que el dueño de la negociacion le envió en 1852 á California, para establecer allí una sucursal de su casa, lo cual efectuó con notable acierto y buen éxito. Habiendo fallecido

el citado dueño de la librería, ésta quedó por cuenta de una sociedad que se formó por el Sr. Bancroft y otras personas.

Al ordenar las publicaciones de su establecimiento, notó que entre ellas se encontraban multitud de preciosos datos relativos á la historia primitiva del país, que hasta entónces habían pasado inadvertidos. Como por instinto empezó entónces á recogerlos y conservarlos, logrando reunir desde luego unos 75 tomos para principio de su coleccion. Y lo que con más empeño comenzó á formar fué una "Biblioteca de la costa del Pacífico," en la cual se propuso reunir todos los libros, manuscritos, folletos y aun revistas y periódicos que se refiriesen ó tuvieran un punto de contacto con la historia de la América.

Como para el Sr. Bancroft proponerse una cosa equivale á realizarla, debido al buen órden y constancia con que procede en sus investigaciones, no pasó mucho tiempo sin que comenzara á ver cumplidos sus deseos de una manera del todo satisfactoria. De su librería, segun dijimos ántes, separó un considerable número de obras que convenían á su propósito, y despues fué reuniendo datos y documentos originales de distintas procedencias. Los gobiernos de Centro-América le proporcionaron algunos; de México logró reunir otros, mediante los buenos oficios del Sr. García Icazbalceta; y por último, diversas familias fundadoras ó establecidas de antiguo en California le dieron tambien no pocas é interesantes noticias, y esto mismo hicieron los misioneros del Oregon y los

oficiales de las compañías Cazadoras de la Colonia Británica. No satisfecho con lo que de este modo había reunido, emprendió un viaje á los Estados orientales de la nacion vecina y á Europa, á fin de ver lo que allí podía encontrar. Esto lo ha hecho despues varias veces, con un éxito que siempre ha coronado sus esfuerzos y correspondido á su incansable diligencia.

Cuando se puso á la venta en Leipzig la biblioteca de D. José M. Andrade, y que Maximiliano había comprado poco ántes para fundar una Gran Biblioteca Imperial, el Sr. Bancroft estuvo presente, y no obstante los elevados precios que se pusieron á aquel conjunto de tesoros bibliográficos, él compró 3,000 volúmenes, de los más interesantes y escogidos. Más tarde asistió en Lóndres á la venta de la famosa y abundante coleccion de libros y manuscritos raros formada por el inolvidable D. José Fernando Ramírez; é inútil es agregar que el Sr. Bancroft ha aprovechado despues, y siempre, todas las oportunidades de aquella misma naturaleza; lo cual, como debe suponerse, ha contribuido é que su biblioteca sea hoy la más rica y completa en asuntos americanos.

Entre tanto, los negocios particulares de este activo librero que había dado en California un espectáculo enteramente nuevo, fundando una colosal librería, eran ya de suma importancia y magnitud, y fué preciso levantar un nuevo edificio para trasladar á él la negociacion. Así se hizo en efecto, y en el quinto piso estableció el Sr. Bancroft su biblioteca particular, la cual se

componía á la sazón de 16,000 volúmenes, allegados con inmenso trabajo y dispendio de dinero, de todas las partes del mundo y en todas las lenguas entre los cuales se encontraban muchos manuscritos originales de que ya no existen copias, muchos libros valiosos é interesantes, verdaderas joyas literarias que estuvieron en grave peligro de perderse entre las ruinas de las revoluciones.

III

Pero por importante y rico que fuese aquel material, ningun beneficio práctico podría llevar á las generaciones venideras en el estado y forma en que se encontraba. Era preciso que alguien formara con él un cuerpo ordenado y compacto, ciñéndose á un método que permitiera aprovechar todas y cada una de las noticias reunidas; órden y método que se refiriera, no solo á las distintas regiones del territorio cuya historia se investigaba, sino tambien á las diversas ramas que de aquella pudieran desprenderse, como la lingüística, los orígenes de raza, la historia natural, las instituciones populares, etc.

Pues bien: esto nadie mejor que el mismo Sr. Bancroft podía hacerlo, porque solo él conocía la extension y el mérito de los datos acopiados en su biblioteca. Diversas ocasiones, en efecto, durante sus laboriosas tareas de colector, le había asaltado el deseo de aprovecharse él mismo del fruto que con ellas había alcanzado, y cuan-

do por fin (en 1868) se resolvió á ponerlo en práctica, dejó en manos de un hermano suyo el manejo directo y activo de sus negocios mercantiles, y se entregó por completo á sus tareas literarias. Fué la resolución más acertada que por entónces pudo tomar el Sr. Bancroft, pues de no hacerlo así, quizás sus trabajos de tantos años se habrían perdido para siempre. Porque, ¿quién otro, si no él, podía clasificar aquellos millares de volúmenes diversos, en los cuales se hallaban diseminadas, en confusa mezcla, noticias de todas clases, en doce idiomas distintos, junto lo importante con lo supérfluo, y formando todo un hacinamiento tal de datos, que por su misma variedad, forma y confusion no podía servir á nadie? Allí había manuscritos casi ilegibles; geroglíficos y signos que era preciso descifrar; relaciones de viajes por mar y tierra; historias locales, y un sin número de narraciones y juicios escasos tal vez de interés para el historiador, pero que no por eso debían de dejar de ser consultados.

El plan que desde luego se formó el Sr. Bancroft fué reunir en obras separadas todas las noticias relativas á determinada localidad ó territorio, pero formando aquellas un conjunto de tal modo enlazado, que todas estuviesen en relacion entre sí. Y esto, sin dejar de tratar un solo asunto, desde las razas aborígenes de cada pueblo, su crecimiento y desarrollo, idiomas, costumbres, etc., hasta el estado y florecimiento en que actualmente se encuentran.

Comenzó sus labores en 1869, y de entónces

acá ha escrito y publicado 39 gruesos volúmenes, en el orden siguiente:

I á V. *Las Razas Nativas de los Estados del Pacífico*;—VI á VII. *Historia de la América Central*;—IX á XVI. *Historia de México*;—XVII *Historia de Nuevo México y Arizona*;—XVIII á XXIV. *Historia de California*;—XXV. *Historia de Nevada*;—XXVI. *Historia de Utah*;—XXVII y XXVIII. *Historia de la Costa del Noroeste*;—XXIX y XXX. *Historia del Oregon*;—XXXI. *Historia de Washington, Idaho y Montana*;—XXXII. *Historia de la Colombia Británica*; . . .XXXIII. *Historia de Alaska*;—XXXIV. *La California Pastoral*;—XXXV. *La California Inter-Pócula*;—XXXVI y XXXVII. *Tribunales Populares*;—XXXVIII. *Opúsculos y Miscelánea*; y XXXIX. *Industrias Literarias*.

Imposible nos sería dar una idea exacta de las obras que acabamos de mencionar. Baste decir que ellas han sido calificadas ventajosamente por los primeros sabios y publicistas de la época, como Herbert Spencer, Draper, Lecky, Darwin, Longfellow, Holmes, Carlyle, Parkman, y otros muchos. El tratado sobre *Las Razas Nativas* es considerado hasta hoy, como único en su género, magnífico monumento levantado á la literatura científica contemporánea. En él se reveló de un modo palpable, la magnitud de la empresa que el Sr. Bancroft había acometido, y de la cual esa obra era tan solo la primera muestra. Conociase el asiduo y minucioso trabajo con que había sido escrita, y

daba alta idea de la imparcial y severa crítica del autor, no cabiendo ninguna duda sobre su escrupulosidad en buscar las mejores fuentes y en tomar de ellas todo lo que convenía á su objeto. "Ninguna obra—ha dicho un escritor—producida de cincuenta años á esta parte, ha sido recibida con tanto favor por los críticos nacionales y extranjeros."

El estilo del Sr. Bancroft es elegante y claro: sóbrio, pero matizado de rasgos llenos de interés; conciso y de una energía natural y propia del asunto. Le auxilian en sus trabajos doce personas competentes, que se ocupan principalmente en examinar y clasificar documentos, formar índices y extractos, hacer referencias, verificar citas, etc., etc. Su laboriosidad es incansable, y trabaja con regularidad y método tales, que á esta circunstancia se debe tal vez que en años relativamente cortos, haya podido escribir y dar á la prensa los volúmenes que ántes enumeramos.

Profesando el Sr. Bancroft singular cariño á su coleccion de libros y manuscritos, no debe extrañarnos que á ella dedique su predileccion y sus cuidados. Hace dos años compró un extenso solar en San Francisco California, y allí mandó construir un gran edificio de ladrillo, de dos pisos y un subterráneo, para dar nueva colocacion á su biblioteca. Forma ésta ya un verdadero Museo, que excita la curiosidad y la admiracion de cuantos ven el citado edificio, y saben su contenido. Además de un considerable número de mapas, el de los libros y manuscritos se elevaba ya en 1881 á 35,000, sin con-

tar más de 400 colecciones de periódicos publicados en pueblos de la Costa del Pacífico. "Allí—dicen los apuntes que hemos consultado para escribir este artículo— pueden verse los célebres fólíos sobre Antigüedades Mexicanas de Lord Kingsborough: una série completa en 27 volúmenes 4º y fólío, de la Comision Exploradora de los Estados Unidos; tomos de fotografías y grabados de las ruinas mexicanas y de Centro América, por Charnay, Waldeck, Dupaix y otros; 130 volúmenes de la coleccion histórica del juez Hayes, sobre la parte meridional de la Alta California; obras en ruso sobre Alaska y la colonia de Ross, y algunos millares de sermones mexicanos, en 60 tomos. De no poca importancia es una coleccion de *Papeles varios*, en 260 volúmenes, que contiene cosa de tres mil folletos mexicanos, los más de ellos sobre asuntos políticos y de inestimable valor desde el punto de vista histórico. Esta gran série se ha formado uniendo una docena de otras más pequeñas, formadas á su vez por varios mexicanos distinguidos en años anteriores.—Se encuentran tambien muchos documentos curiosos y de valor, del siglo XVI, sobre asuntos mexicanos, y entre ellos no hay uno sólo que no merezca ser estudiado detenidamente, con especialidad las primeras producciones de la prensa en México, y los primeros libros impresos en California."

IV

En cuanto á la *Historia de los Estados del*

Pacífico, objeto de los desvelos é incansables diligencias del Sr. Bancroft, debemos decir que ella no está aún terminada; pero lo estará quizá en breves años, y para eso ha venido el incansable historiador á nuestro país. Aquí encontrará los datos que puedan faltarle para la historia de nuestros Estados de Occidente, y debemos esperar que al escribir sobre ellos lo hará con la serena imparcialidad y la debida justificación que ha empleado hasta hoy en sus demás obras. Para facilitarle el camino, creemos que el gobierno le abrirá con mano franca la puerta de nuestros Archivos y Bibliotecas, proporcionándole además cuantos datos y auxilios le sean indispensables para el mejor logro del propósito que aquí le ha traído. Afortunadamente el Sr. Bancroft es hombre sensato y de buena fé, y sabrá apreciar debidamente las atenciones de que en México se le haga objeto. No irá despues á adulterar la verdad en sus obras como otros muchos, ni ménos arrojará sobre nuestra patria las injustas censuras y los desfavorables juicios que estamos acostumbrados oír en boca de extranjeros ingratos.

Hombre de estudio ántes que todo, investigador incansable de la verdad histórica y sereno apreciador del mérito, sea cual fuere la persona ó el lugar donde lo encuentre, el Sr. Bancroft es un escritor digno de respeto y consideración, que merece las simpatías de un pueblo á quien ha dedicado gran parte de sus afanes y desvelos.

No concluirémos este artículo sin dar al ilustre historiador nuestra cordial bienvenida, de-

seando que queden satisfechos los deseos que le han traído á nuestra patria, de encontrar nuevos datos y documentos con que ilustrar sus importantísimas obras.

México, Octubre 10 de 1883.





ALOCUCION.

Después de unos ejercicios.

I

CUANDO el hijo de familia, ya crecido y aleccionado por sus padres para recorrer solo el camino de la vida, ve acercarse el momento en que ha de abandonar el hogar querido donde nació y gozó de las purísimas alegrías de la infancia, no puede menos que sentir en su corazón la dulce y blanda tristeza que trae consigo toda separación. Otro hogar, trasunto de aquel de que va á alejarse, le espera, tal vez decorado y aderezado por sus mismos padres: en él hallará á la que va á ser compañera de su existencia, radiante todavía con las galas de la desposada. En ese nuevo y bendito hogar, el hijo de familia, transformado en jefe de la que va á formarse á su sombra, todo lo encuentra dispuesto para su recreación y complacencia. Comodidades, adornos, primores y delicadezas que revelan la mano de una madre solícita, se ven por todas partes. Nada falta; todo está previsto: y hasta los libros de devoción, las imágenes sa-

gradas que parecen sonreír al recién llegado, anuncian á éste que en aquella mansión de felicidad podrá seguir las mismas costumbres, las mismas prácticas de piedad que de niño ha visto en la casa de sus padres. Y sin embargo, ese hijo de familia, si tiene un corazón sensible, no dejará de entristecerse suavemente ante la consideración de que va á trocar el caliente nido paterno, por otro que parece llamarlo, solicitarlo y ofrecerle los halagos y venturas de una nueva existencia.

Algo semejante á lo que siente ese mancebo, sentimos nosotros en estos instantes. Esta Santa Casa de Ejercicios ha sido nuestro hogar durante nueve días: en ella, como que hemos nacido á una nueva vida espiritual, y se han abierto nuestros ojos á la luz de la gracia; en ella, nuestro Padre que está en los cielos nos ha enseñado á balbutir las primeras oraciones de nuestra conversión y arrepentimiento; en ella hemos visto crecer día á día nuestro fervor; nos hemos fortalecido, y hemos encontrado los secretos para saber luchar y vencer en las batallas de las pasiones y del mundo. Por eso hoy, que nuestro Padre nos dice á cada uno de nosotros: "Sal afuera, que ya puedes seguir tu camino," nos entristecemos y nos sentimos turbados. Dirigimos nuestra vista al rededor, y por do quiera encontramos objetos que despiertan nuestros recuerdos. En este hogar, como en el paterno, todo nos habla de un pasado tranquilo, risueño y dulce; y así como al dirigir por última vez los ojos al huerto de nuestros juegos infantiles, al gabinete de estudio de nuestra ju-

ventud, á la alcoba donde nos entregábamos al sueño, nuestro corazón no pudo dejar de conmoverse, así hoy nos es imposible contemplar sin emoción estos muros, estas galerías, ese templo y ese Camarin de la Santísima Virgen, donde tantas veces hemos orado y gemido; esas celdas, testigos mudos de nuestros monólogos solitarios y de nuestros íntimos clamores.

Si; tenemos que decir adiós á esta morada de paz y de consuelo, humedecida por las lágrimas de innumerables pecadores arrepentidos, y que en sus bóvedas guarda escondidos los ecos dolientes de las voces de esos mismos pecadores. Tenemos que abandonar estos sitios, caros de hoy en más para nuestro corazón, porque en ellos se nos ha manifestado el Señor, como á Moisés Jehová en las montañas del desierto. Pero al salir de esta arca santa, refugio nuestro, donde por unos días nos hemos librado del diluvio de iniquidades que cae sobre el mundo, ¿la abandonaremos con los ojos enjutos, y sin mostrarnos agradecidos á los virtuosos y respetables sacerdotes que en ella nos recibieron; que de ella han guardado las llaves, y que han dirigido nuestras plegarias mientras afuera rugía la tempestad? ¿No deberemos, antes de volver al mundo, dirigir una mirada á las huellas que aquí dejamos?

¡Ah, sí! Y nuestras primeras palabras deben ser para Dios, que nos trajo aquí, que aquí nos congregó, que aquí nos ha hablado en íntimos y regalados coloquios. Nos prefirió á tantos otros, para que en este santo retiro gustásemos las dulzuras de su misericordia infinita, y para

que con la antorcha de la gracia, buscásemos desde la cumbre de esta montaña, entre todos los caminos, el único que puede conducirnos á la morada de luz y de delicias, donde espera á sus escogidos.

Recordad, señores, antes de partir, el estado en que se hallaba vuestro corazón y las particularidades de que estuvo rodeado vuestro ingreso á esta Santa Casa; traed á la memoria vuestras primeras impresiones en esta soledad, en este apartamiento; recordad despues todo lo que habeis sentido en tantas horas de retiro espiritual, y comparadlo con la placidez de vuestro espíritu, hoy que hemos dado cima á la grandiosa empresa que aquí venimos á acometer. Hacedlo y luego me direis si no tenemos razon para alejarnos con dolor de este claustro, por más que sepamos que á la puerta de él nos esperan las emociones más vivas y más dulces, como son las que se experimentan al volver á ver á seres queridos de quienes hemos estado separados.

II

Cuando el Señor tocó nuestro corazón para que viniésemos á estos Santos Ejercicios, el mundo con sus halagos, la familia con sus delicias y ternuras, los negocios con sus magníficas promesas trataron de detenernos: como si no fuera bastante todavía el tiempo que les dedicamos; como si, despues de las faenas que dividen nuestra existencia, no mereciésemos al-

guna tregua; como si, finalmente, ese descanso no lo viniésemos á emplear aquí en el asunto más grave, más importante, más trascendental de cuantos pueden preocupar á la inteligencia humana!

Vencidas, al cabo, todas las resistencias del mundo, del cariño y del interés, ingresamos, no sin cierto temor, á esta Casa de oracion. ¡Día inolvidable para cuantos tuvimos esa dicha! — Las primeras impresiones recibidas; las primeras prácticas de devoción; aquella capilla oscurísima, donde al entrar pudimos ver apenas la majestuosa escena del Calvario representada en el altar mayor; el silencio que sellaba nuestros labios, la soledad de los claustros, la pobreza de nuestras celdas; las pausadas figuras de los ejercitantes, atravesando los pasillos y galerías, envueltos en sus capas, como monges de otra edad; la voz solemne, grave y conmovida de nuestro Director de capilla; aquellas expresiones pláticas del sacerdote, en medio de tinieblas; las prolongadas meditaciones, las penitencias, y por último, este amplio refectorio, donde, como en los monasterios, no se oía más que la voz del lector de algun libro piadoso: todo esto nos infundía cierto religioso respeto, cierto pavor, y nos sorprendía y edificaba.

Bien lo recordais: durante los primeros días, el mundo nos tenía de sus garras, y en vano procurábamos desasirnos de él. El demonio nos perturbaba en nuestras meditaciones, y en ellas sentíamos las *sequedades* de que habla San Francisco de Sales. Mas, por fin, triunfó la gracia, triunfó Jesucristo Señor Nuestro; y desde ese

instante todo nuestro pensamiento fué de Dios, le Dios solamente. También las lágrimas se resistían á salir de nuestros ojos; y espantados ante esa inconcebible dureza, clamábamos á Dios desde lo íntimo de nuestro sér, pidiéndole que, como de la roca de Horeb, hiciera manar agua viva de la roca de nuestros corazones. ¡Y el prodigio se verificó! Compadecido Dios de nuestra miseria y de nuestra profunda angustia, tocó con la vara de su poder nuestros pechos, más duros que el granito, y el llanto inundó nuestras mejillas. ¡Ya nada nos faltó entonces para estar satisfechos y contentos!

Sorprendidos, maravillados cada día por un nuevo milagro de la gracia, seguimos recorriendo nuestro camino, esa vía dolorosa, donde la sabiduría de San Ignacio puso, á modo de faros, los puntos de meditacion.

¿Para qué he de hablaros de esos días angustiosísimos en que, á todas horas, nuestros ojos no veían más que cuadros de desolacion y dolor? ¡Cuán imponentes, cuán terribles fueron ciertamente los primeros asuntos puestos á nuestra consideracion! Nuestra mente, caldeada por la fiebre de una inquietud hija del pecado; nuestras almas hondamente atribuladas, vivieron los primeros días entre tinieblas, entre horrores, entre llamas, entre tormentos. Desfilaron á nuestra vista las escenas más tétricas y más lúgubres. los cuadros más pavorosos. Nos parecía oír á cada paso gritos lastimeros, y nuestro miedo era sofocante. ¡Todo nos amedrentaba! Sentíamos algo como el frío de la muerte; hasta

nosotros llegaba el vaho pestilente de las tumbas, y ántes que eso, los dolientes quejidos de los agonizantes. ¡En esas horas cruelísimas, los dogmas de nuestra Santa Religion, relacionados con el destino del pecador, se impusieron á nuestro espíritu con una evidencia abrumadora. Mas, por fortuna, y cuando ya el corazon desfallecido casi no tenía fuerzas para seguir considerando los medrosos asuntos en que había consumido sus energías; cuando ya nuestra vista, cegada por tantas lágrimas, no acertaba á hallar el camino para salir de aquel dédalo tenebroso, en donde habíamos venido dejando girones de nuestro corazon; cuando todo esto sentíamos, comenzamos á vislumbrar algunos rayos de luz. Fueron quedando atrás las podredumbres del sepulcro, las llamas y horrores del infierno, los terrores del juicio final, las ánsias y tormentos del pecado. Pronto empezamos á acercarnos á los dulcísimos fulgores de la gracia, anunciados por la parábola del Hijo pródigo, esa reina de las parábolas; y muy pronto también, con una delicia infinita, con la delectacion propia del que apetece el bien, comenzamos á paladear las dulzuras con que la misericordia divina recompensa el verdadero dolor. Y á poco, en fin, Dios nos dejó ver, no ya un rayo de luz, sino un sol que derramó indecibles resplandores en nuestras conciencias.

Recordadlo bien, aunque estoy seguro que lo tenéis presente: á la parábola del Hijo pródigo siguió, para asunto de nuestra meditacion, el asunto por excelencia, el más alto, el más cua-

jado de misterios: aquel ante el cual vivieron en perpétuo pasmo todos los santos de la tierra: la Pasión del Divino Redentor. ¿Recordáis con cuánto amor, con cuánta solicitud nos recomendó nuestro Director que al meditar sobre ella acreciéramos nuestro recogimiento y observáramos con extricto rigor la regla del silencio? Cumplimos como fieles hijos, y ese día fué de duelo en nuestra santa Casa. La capilla y el claustro fueron regados con nuestras lágrimas, y al pie del Calvario, y á las plantas de la Virgen dolorosa, gemimos con todo el desconsuelo de desamparados huérfanos.

¿Habíamos llegado ya al fin de nuestra jornada?

No, que aún faltaba el conocimiento de las promesas de Nuestro Redentor; faltaba que consideráramos lo que constituye el eterno anhelo de todo corazón cristiano: el amor de Dios, la gloria, la bienaventuranza, la posesión de Dios por toda la eternidad. ¿Qué cuadros vieron entonces nuestros ojos! ¿Qué arrobamientos tan deleitosos nos embriagaron! Vislumbramos por fin esa patria celestial, mansion de delicias inefables, paraíso hermoso, gloria eterna y felicidad perdurable, objeto de las ansias de todos los justos Decidme si entonces no abominásteis el pecado; si entonces no os propusísteis ser buenos y virtuosos; si entonces no formásteis la resolución firmísima de conquistaros un sitio en esa morada de hermosura y felicidad.

Y debieron afirmar vuestros santos propósitos las postreras horas pasadas en este retiro,

durante las cuales vimos un trasunto de la gloria, en aquella solemnísima procesion del Señor Sacramentado, verdadera marcha triunfal de nuestro Rey vencedor. Le formamos séquito sus hijos amantísimos; lo ensalzamos y aclamamos hasta llegar al trono, y, ya allí, para realzar su victoria, rendimos los últimos honores á tan soberana Majestad, postrados por riguroso turno, todas las horas de la noche, los que componíamos su legion.

Tal fué el término de nuestros Ejercicios, de nuestro viaje á través de las verdades eternas

Durante él, hemos dado, estad seguros de ello, días de rabia al infierno, porque estando abismados ante la justicia y misericordia infinitas, habíamos dado el primer paso para nuestra conversion. Y ha habido también grandes regocijos en el cielo, porque los ángeles y los bienaventurados veían que las almas de los aquí presentes se abrasaban en el amor divino, única manera de ir á reunirnos con ellos en el seno de la eterna gloria.

III

Y bien: para llegar á este fin, tan consolador como saludable, ¿qué nos ha sido preciso hacer? ¿Han sido necesarios grandes sacrificios, mortificaciones austeras y dolorosas penitencias? Bien sabéis que no. El yugo del Señor es blando y suave; y cuando el amoroso Jesús quiere atraer á su seno al pecador ingrato, se

esmera más todavía en hacer deleitosos y amenos los caminos que conducen á Él.

El mundo tal vez creará que para nosotros han sido una gran pérdida estos días de retraimiento; dirá que nos hemos privado de muchos bienes, y tal vez nos compadezca. ¡Cuánto se engaña! Decidle, cuando volvais á él, que no cambiamos por todos sus halagos y deleites, una sola de las horas que aquí hemos pasado en íntima conversacion con Dios; que preferimos á su estruendo y locos devaneos los momentos en que nuestra alma ha permanecido postrada ante el Sagrado Tabernáculo y ante la dulce imagen de María. — Decid al mundo que desde el primer día que tuvimos la dicha de salvar los umbrales de esta morada, nos sujetamos á las santas reglas de la obediencia, del silencio y del recogimiento. ¡Que no les fuera dado ver, á esos mundanos que acaso nos tienen lástima, cómo varones encanecidos, cómo abogados ilustres, cómo hombres de alta posicion social, acostumbrados á mandar y ser ciegamente obedecidos, aquí han vivido sumisos bajo una ley que les prohibía hablar, que les ordenaba el recogimiento, que les prescribía las horas en que habían de alimentarse y recogerse!

Si el mundo, ahora que volvais á él, dice que os habeis privado de encantadoras diversiones, de sorprendentes y admirables espectáculos, contestadle que á todos ellos preferis el cuadro edificante de cien corazones que, llenos de uncion y de piedad, elevaban al cielo sus plegarias y se purificaban contritos por medio de la peni-

tencia. Si el mundo os dice también que aquí habeis sufrido y habeis estado atormentados, apresuraos á sacarlo de su error, pintándole la tranquilidad de nuestro sueño, el gozo con que saludábamos el nuevo día, porque en él íbamos otra vez á alabar á Dios todos los ejercitantes, unidos en un mismo sentimiento. Pero ¡qué más! El día que no lloraban nuestros ojos, estábamos tristes y afligidos, siendo, en cambio, aquel en que más lágrimas derramábamos el que reputábamos más feliz.

Decid al mundo, para que no viva engañado, que de tal manera nos hallábamos aquí tranquilos y contentos; que nos era tan ligera y suave la ley de la sujecion, que estábamos siempre prontos, siempre expeditos para acudir á nuestras prácticas piadosas, aun ántes de que la campana nos llamara para congregarnos. Por último, haced ver al mundo que nuestro olvido de él llegaba á hacernos formular, con voz suplicante, cuando álguien turbaba nuestra soledad, esta frase patética: “¡Por Dios, dejadnos en paz!”

Todo esto le direis al mundo; y se lo direis, porque así lo sentís; y se lo direis, porque es la verdad.

En efecto, á nuestra vista se han realizado prodigios sin cuento: como que han tenido su más exacto cumplimiento aquellas palabras de Nuestro Salvador: “*Venid á mí todos los que tenéis trabajos, y estais cargados, que yo os aliviaré,*” pues el que vimos enfermo, hoy está sano; el que estaba triste, hoy está alegre; el desesperado, lleno de consuelo; el inquieto, tranquilo;

el duro y empedernido, hoy se des'ace en lágrimas. Aquí se han calmado nuestros dolores, se han restañado nuestras heridas, se ha robustecido nuestra fé, se ha iluminado nuestra inteligencia. Y los padres de familia lo mismo que los ricos, como los que viven de su profesion; todos los que tienen deberes naturales ó sociales que cumplir, han meditado acerca de ellos para aquilatarlos y proponerse cumplirlos, á fin de evitar así que algun día su conciencia se levante terrible y justiciera para acusarlos, si faltan á ellos.

¡Oh días tranquilos, oh momentos de sosiego y de reposo, qué pronto habeis pasado! ¡Cuánto se recrea hoy el espíritu contemplándoos! ¿Quién no suspirará despues por vosotros? ¡Oh lágrimas, derramadas á torrentes en este apartado recinto! ¿no es verdad, señores, que han sido más dulces que las molicias del placer?

IV

Tiempo es ya de concluir. Pero ántes séame permitido manifestar el gozo que me ha causado ver que en este concurso de ejercitantes, en esta porcion escogida de la grey de Cristo, la mayoría está compuesta de apreciables jóvenes, que forman singularísimo contraste con otros que, impíos y descreídos, han arrojado á Dios de su corazon, siguiendo en esto la enseñanza y el ejemplo de quienes, más que el nombre de maestros, merecen el de asesinos de almas. Re-

cibid mis parabienes más sinceros, jóvenes ejercitantes, esperanza risueña y consoladora para la moralizacion de nuestra sociedad. Seguid las huellas de Jesus, é inspiraos en su celestial doctrina, y no olvideis estos días en que vuestras almas se han abrevado en los veneros de la Salud Eterna. Sobre todo, no arrojéis jamás del santuario de vuestros recuerdos á esa Virgen Purísima, á cuyas plantas os he visto día á día, y momento á momento, implorar socorros y consuelos. Conservad incólume el tesoro de impresiones que llevais en vuestro corazon; y en cuanto á las santas verdades de que tambien vais henchidos, propagadlas, difundidlas con afan por todas partes.

A vosotros, venerables, virtuosos y abnegados sacerdotes que nos habeis acompañado y dirigido en estos Santos Ejercicios, ¿qué os podré decir que alcance la medida del reconocimiento profundísimo en que rebosan nuestras almas? ¿Cómo podré pintaros el inmenso bien que sentimos y los consuelos que nos habeis proporcionado con vuestra solicitud y vuestros cuidados?

Vuestra palabra, encendida, vibrante é inspirada, ha sido la de los apóstoles que se abrasan en el celo por la salvacion de las almas. Nos habeis hecho ver, por medio de vuestra persuasiva elocuencia, lo que mejor podía encaminarse á nuestro bien espiritual. La claridad de vuestros conceptos; vuestra precision al exponer á nuestra vista los dogmas y la doctrina de nuestra fé; vuestra ternura y uncion al excitarnos á la práctica de la virtud, no ménos que

vuestra energía y arrojo para condenar nuestros delitos, han hecho que la batalla librada contra Satanás en estos Santos Ejercicios, haya sido coronada con la victoria más completa, definitiva y perdurable. ¿Qué mejor recompensa podríais apetecer?

Volveremos á ser atacados por el enemigo con más furor, con más rabia que nunca, segun nos lo habeis anunciado. Pero no importa; hoy estamos fuertes; hoy el ángel rebelde no nos sorprenderá desarmados, ni desprevenidos. Hoy la gracia del Señor nos acompaña, nos escuda, nos defiende. . . . Y si algun dia, esas armas preciosas de la gracia que nos habeis ayudado á forjar comienzan á gastarse, á sernos inútiles, porque ya no podemos manejarlas, acá vendrémos presurosos á renovarlas, á fortalecernos nosotros mismos, que será el mejor modo de acreditar que hemos alcanzado el fruto de estos Santos Ejercicios.

Vendrémos, sí. . . . ¿No es verdad que vendremos. . . .? Porque, ya lo vereis: esta Casa nos atraerá con fuerza misteriosa é irresistible, y volveremos á ella, en busca de estos dichosos dias en que todos hemos confundido nuestras lágrimas, mezclado nuestros sollozos, invocado á la Virgen Santísima, y pedido á Dios misericordia.

Y ahora, señores, ¡al mundo! ¡otra vez á luchar! ¡otra vez á combatir por la salvacion de nuestras almas y por el triunfo de Jesucristo!



DESPEDIDA.

Despues de unos ejercicios.



IRGEN Santísima, Madre y Señora Nuestra: aquí estamos, á tus sagradas plantas, estos tus hijos amantísimos, para pronunciar la triste despedida de este Asilo bendito, donde, huyendo de la tempestad, nos hemos refugiado durante nueve días. ¡Qué pronto ha llegado este amargo momento, temido ¡ay! por los que podemos decir lo que Pedro, allá en el monte donde se transfiguró tu Divino Hijo: *¡bien estábamos aquí, Señor!* ¡Qué breves han sido esas horas de íntimas confianzas en que veníamos á Tí á descargar nuestro pecho de sus tristezas, á revelarte nuestras angustias, á pedirte fuerzas para vencer nuestra debilidad! ¡Qué léjos están ya aquellos instantes en que Tú nos oías atenta y enternecida, dispuesta á que se obraran en nosotros, por tu mediacion, los milagros de la gracia!